

La Hoja Obrera

Publicación periódica de la
Organización Comunista Proletaria



La Clase Trabajadora es la única Clase nacional

La clase trabajadora es la única clase verdaderamente patriota, en el sentido más profundo de la palabra. Entendiendo a la Patria como el espacio en donde se nace, se crece, se adquiere y construye identidad, pertenencia, sentidos, cultura, el espacio en donde aprendemos a relacionarnos con la comunidad e incluso a pensamos desde nosotros mismos.

En Latinoamérica en general y en Argentina en particular, las burguesías locales no poseen ningún interés en invertir en el desarrollo de la industria nacional, piedra basal a la hora de construir la soberanía económica, factor que posibilita la soberanía política real.

Por qué invertir en extracción de recursos naturales, transformación de los mismos en bienes a partir de procesos productivos que requieren inversiones en producción, logística y mano de obra, cuando puede enriquecerse infinitamente a partir de la exportación de esos recursos y de la especulación financiera? Objetivamente, no hay ninguna razón para que los sectores locales poseedores de los medios de producción se lancen a recuperar, desarrollar y/o fortalecer industria nacional alguna. Y siguiendo este análisis desde la materialidad, afirmamos que el arraigo a la tierra, a la comunidad, que la identidad colectiva forjada a partir de una historia, está presente solamente en las clases sociales que no poseen los medios de producción, que transitan su experiencia vital a partir de las relaciones personales y comunitarias inmediatas, sin posibilidades de acceder a las dinámicas que les permitan acumular capital. En efecto, son los obreros industriales, los trabajadores del ámbito de los servicios (públicos o privados), el Proletariado rural, el campesinado, la pequeña burguesía urbana formada por profesionales y comerciantes, los que por la materialidad de las condiciones de reproducción de su vida diaria, las que desarrollan un fuerte sentido de pertenencia a su comunidad, su lugar, su tierra, su cultura, sus costumbres; en síntesis, un sentido de identidad comunitaria. Sentido también reforzado, paradójicamente, por la educación pública, que generalmente es la única a la que pueden acceder estos sectores; y decimos paradójicamente porque son las élites económicas y políticas las que establecen las directrices ideológicas de los programas educativos; directrices que, por un lado, hacen eje en la profusión de relatos, símbolos y toda una liturgia patriótica tendiente a cohesionar a la población de una nación en pos de asimilar los intereses de la clase dominante a los de todas las clases, siguiendo un poco a Gramsci ; pero que en ciertas ocasiones, esa misma liturgia, esa misma construcción ideológico-discursiva productora de subjetividad, les juega en contra a estas clases dominantes locales cuando, en su intento de



aumentar la concentración de capital a partir de negociados con las grandes corporaciones vinculadas a las metrópolis, ponen en juego cuestiones tales como los recursos estratégicos, la identidad y prácticas culturales, las tradiciones populares o incluso la integridad territorial que esa misma clase dominante construyó. En efecto, es frecuente que medidas de gobierno que atenten contra algunos de estos factores provoquen profundo rechazo en las clases trabajadoras.

En Argentina tenemos uno de los ejemplos más gráficos; más allá del color político de cualquier gobierno, prácticamente todos se cuidan de dejar en claro que no cesarán en el reclamo por la soberanía de las Islas Malvinas, usurpadas por el Reino Unido desde 1833. De hecho, los grandes procesos revolucionarios que triunfaron en el Siglo XX, si bien se desarrollaron bajo la idea de construcción del socialismo, fue el elemento patriótico el que galvanizó a las masas para llevar adelante las largas, cruentas y victoriosas guerras de liberación que derrotaron militar y políticamente a las potencias imperialistas. Los pueblos de China, Cuba, Vietnam, Nicaragua y varios del continente africano sostuvieron heroicas luchas que dan cuenta de esto.

De allí la fundamental importancia que, desde una perspectiva revolucionaria, se le debe dar a la cuestión nacional, en relación a la lucha Revolucionaria. Si bien es indudable que la disputa política de fondo se da entre clases sociales a nivel global, y que solo la unidad del Proletariado mundial puede garantizar las condiciones para la definitiva derrota del proyecto ideológico, político y económico del capitalismo, la defensa de espacio vital de los trabajadores toca más íntimamente, y por ende con más contundencia, la fibra de la resistencia y la lucha en los mismos. Quizás, la situación objetiva de explotación del Proletariado a manos de la burguesía sea, en sus representaciones, como una cuestión más difícil de comprender a fondo y, por lo tanto, más fácil de naturalizar; Pero la agresión extranjera hacia la identidad colectiva y dialécticamente individual que representa *lo nacional*, corporizada en la pérdida de recursos naturales o de territorio, e inclusive de ataques a cuestiones simbólicas y culturales como el idioma o la religión, es, paradójicamente, un factor más palpable materialmente.

Y, a partir de estas paradojas es que construimos nuestra tesis; que, por lo menos en los países de estructura capitalista dependiente, con avanzada apropiación de su soberanía económica, política y territorial, son las clases trabajadoras organizadas las únicas que, objetivamente, pueden (porque son las únicas que *quieren*) llevar adelante procesos genuinos de liberación nacional. Subjetivamente, por las cuestiones relacionadas a la identidad colectiva que ya mencionamos. Y objetivamente, por su condición de clase le imposibilita el acceso a los procesos de acumulación de capital en asociación con las potencias imperialistas, como sí lo tienen las burguesías locales, además de estar materialmente capacitadas para organizar la producción. En este sentido, es interesante la tesis del Revolucionario marxista argentino Mario Roberto Santucho, quien sostenía que, objetiva y, otra vez, paradójicamente, el proyecto de industrialización nacional de los países capitalistas dependientes como el nuestro como primer paso para la construcción de soberanía real, que sostiene (o sostenían) sectores de la burguesía regional, solo puede ser llevado adelante con el Proletariado encaramado en el poder político.

Volviendo al caso argentino, un acto aparentemente ingenuo y simbólico como la exhibición de una sábana pintada con la leyenda “Las Malvinas son Argentinas” por parte de jugadores de la selección de fútbol luego de eliminar a Inglaterra en el Mundial, volvió a poner en el centro de la opinión pública, y por ende de la disputa de sentido, la discusión sobre nuestro viejo reclamo de soberanía ante la usurpación del Imperialismo anglo-yanqui avalada por la OTAN; discusión que generó un profundo rechazo popular a la iniciativa del gobierno de ocupación de La Libertad Avanza de eliminar cualquier tipo de límite a la compra de territorio nacional por parte de capitalista extranjeros, la que terminó, al menos por el momento, siendo excluida del proyecto de ley que la contenía, en un claro movimiento que mientras como, a partir de una cuestión o un acto simbólico relacionado a la identidad colectiva nacional, termina en la consecuencia material de suspensión de una iniciativa de los sectores vinculados al gran capital transnacional.

“Proletarios de todos los países, Uníos!!!”

